

B. Cuerpos Cibernéticos

Juan Cristóbal Espinosa Hudtler

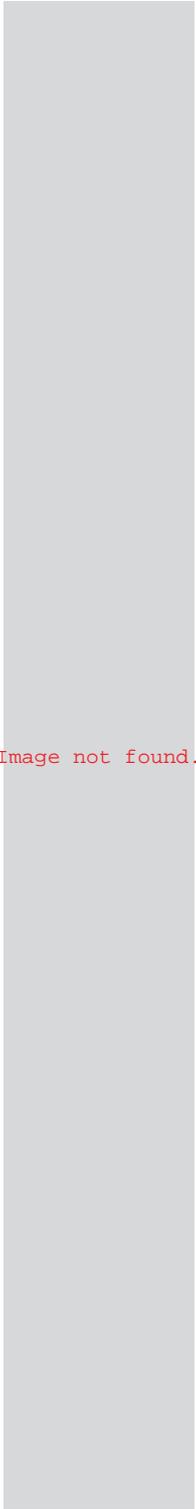


Image not found.

Capítulo 1

Cuerpo cibernético I

Nadie quiso creer que la humanidad había alcanzado ese grado de desarrollo, pero los hechos confirmaban de forma tajante que casi se había logrado alcanzar la inmortalidad. Un filósofo dijo que en La Biblia, en el Antiguo Testamento, había un pasaje donde Dios le prohibía a Adán y Eva, durante su salida del paraíso, acercarse a un árbol el cual fue resguardado por los arcángeles y el fuego sagrado para que los exiliados hijos del Señor no se acercaran a él. ¿Qué árbol era ese? —le preguntaban algunas personas que desconocían el pasaje de las sagradas escrituras. A lo que contestaba el sabio “El árbol de la vida eterna”. Por consiguiente, los mismos individuos le pedían que se aclarara y entonces el erudito contaba la siguiente historia:

En el paraíso había muchas plantas que daban frutos saludables para el hombre, los había de alegría, gusto, aprecio, temor, etc., pero estaban los árboles del bien y del mal, de la inmortalidad y de la duda eterna. Del primero, como ya lo sabe toda la gente, comieron Adán y Eva y por eso los echó Dios del edén, pero ¿cuál era el objetivo del Todo Poderoso? Pues, hacer que el hombre experimentara el uso de su libre albedrío y llegara, a través de castigos y regañadientes, al dominio de la ciencia. Todo ha salido a pedir de boca y en el periodo en el que hemos creado brillantes teorías y descubierto las leyes de la física cuántica, el fuego que rodeaba el árbol de la inmortalidad se ha extinguido, y ahora ha llegado el momento de que el ser humano goce de sus esfuerzos. Señores, estamos a punto de dominar el envejecimiento gracias a los principios físico biológicos que hemos podido crear, viviremos más de doscientos años, luego más, y un día seremos inmortales, podremos reproducirnos de la misma forma que lo hizo Jehová cuando sacó de Adán una costilla y creó a Eva, esa, señores, era una forma metafórica de decirnos que se podían crear otros seres cogiendo sólo una parte del cuerpo como semilla. Ahora, tenemos la robótica que nos ayuda a sustituir los miembros de las personas, podemos programar el cerebro con microcircuitos y todo tipo de implantes. —El lúcido pensador terminó su exposición y respondió a una pregunta que le hizo un sacerdote.

¿Y qué podemos hacer ahora, cuál es el objetivo de la vida?

Lo que debemos hacer—contestó— queridos amigos es darle la bienvenida al progreso. Tenemos que convertirnos en dioses. La multitud se emocionó y empezó un programa de implantaciones de elementos tecnológicos y desarrollo bio-cibernético, auspiciado por los gobiernos y las empresas más importantes en materia de tecnología, en el cuerpo humano. El resultado fue que la humanidad se transformó en una población de millones de seres tecnoligizados semejantes a androides,

bio-robóticos, seres mutantes y todo tipo de entes perfeccionados con elementos tecnológicos. Al tener una mente desarrollada y un organismo a prueba de cualquier adversidad, el hombre logró trabajar las 24 horas del día, inventó todo tipo de naves espaciales y muy pronto se hizo a la tarea de conquistar el universo.

El primer gran logro fue salir de nuestra galaxia y encontrar un planeta similar a la tierra donde los seres que la habitaban tenían mucha similitud con el australopiteco a principios del año 50 000 a.C. Los expedicionarios eran un hombre y una mujer que trataron de comunicarse con los nativos de aquel hermoso planeta y les dieron las primeras herramientas para lograr su desarrollo. Les mostraron el fuego, les enseñaron a cocinar, les dieron armas para la caza y la guerra, les mostraron las claves para desarrollar imperios, para la exterminación en masas y la limpieza étnica, luego desarrollaron su economía y los guiaron hacia la globalización, después les dieron los secretos tecnológicos para ser inmortales y así pudieron convivir eternamente ampliando el poderío del hombre.

Cuando ya se habían colonizado cientos de planetas, llegaron a constelación desconocida en la que habitaban los primeros viajeros que habían dejado a nuestros primeros ancestros en el planeta. El encuentro fue muy cordial y nuestros antecesores se alegraron mucho de vernos tan desarrollados. Siguieron los grandes viajes y las conquistas durante millones de años. En ese tiempo el hombre entendió que era falsa la teoría del Big Bang y que los hoyos negros eran sólo túneles que conducían al interior de otras galaxias de nuestro sistema y que la materia negra era una de las cien formas de materia que existía.

Un día, por casualidad, volvieron al punto de inicio, es decir, a la Tierra. El descubrirlo les causó a nuestros descendientes un gran malestar porque lo que se había concebido como El Universo era solo una pequeña esferita dentro de un complejo sistema de burbujas semejantes, pero más grande y de dimensiones inimaginables. La gente se sintió satisfecha por los avances que se habían obtenido, pero el hecho de no saber que había fuera de nuestro orbe los mitigaba.

Capítulo 2

Cuerpo cibernético II.

Salió del coma y empezó a llevar una vida normal. Durante los cincuenta años que había permanecido ausente, las cosas, es decir algunas, habían cambiado, pero otras seguían completamente iguales, por ejemplo los pobres seguían mendigando en las calles, la relación de los médicos con sus pacientes era la de siempre: inhumana, la corrupción de la policía, las mentiras de los políticos y la pobreza; sin embargo, había personas que se denominaban ciber-bodies que llevaban una antena de vinilo en su cabeza y que se vestían de forma especial porque podían oír los sonidos de los colores, además podían ver cosas imperceptibles para una persona habitual y sentir otros sabores. Esos particulares individuos habían creado una nueva filosofía, un nuevo arte, una nueva música y un nuevo Dios. Se convenció de que habría pronto un gran cambio en la humanidad y fue a la asociación de los hombres ciber para que le adaptaran un chip en la cabeza. Abandonó feliz la clínica después de haber pasado el periodo de adaptación a sus nuevas funciones cibernéticas.

Pudo oír las notas que emitían las caras de las personas, los cuadros de Van Gogh, la ropa de moda, además sucedió lo contrario con la música, la cual plasmaba en colores amarillo a Mozart, en azul a Beethoven y en rosa a Chopin. Era fabuloso poder distinguir los colores de los rayos ultravioleta y sentir las vibraciones de la comida. Los plátanos hacían cosquillas, la cebolla creaba la sensación de explosiones de burbujas en el paladar, las fresas eran una combinación de hormigueo y pellizcos en la lengua. Leía con curiosidad las obras famosas de la antigüedad y le asombraba la pobreza de lenguaje y variedad con la que los escritores, famosos en el pasado, describían las sensaciones auditivas o visuales, no se diga los sentimientos del amor o la amistad, el odio o la envidia que eran pésimos. Decidió adaptar algunos libros viejos a las condiciones modernas de percepción. Sus obras fueron un éxito total. Estaba muy satisfecho de "Corazón tan blanco", "Rojo y negro", "Colmillo blanco" y "El color púrpura". Compuso sinfonías para los colores amarillo, azul y rojo. La gente se asombraba de su creatividad y todo se lo atribuía a su transformación gestada en su medio siglo de inmovilidad y reposo.

"Fueron sus años de iniciación"— decía la gente con admiración y respeto. Después de veinte años de éxito en su vida, el pobre hombre volvió a tener un accidente, pero esta vez no fue por su culpa, sino por la de un viejo que se distrajo al conducir y se estrelló contra él. Lo llevaron al hospital e hicieron todo lo posible por sacarlo de su estado de inconsciencia, pero fueron inútiles los intentos. Algunos expertos decían que era muy probable que después de cuarenta o cincuenta años volviera a su estado normal, así sucedió y el hombre despertó una mañana, recuperó sus facultades mentales, le adaptaron un nuevo microchip, le

hicieron muchas pruebas para acreditar su adaptación a su nueva vida y salió de la clínica dispuesto a seguir con la tarea que había empezado antes del accidente, por desgracia, el mundo había cambiado en algunas cosas, por ejemplo los pobres habían dejado su condición paupérrima, los policías eran honestos y la nueva generación de políticos era irreprochable, los médicos eran unos caballeros y no se notaba la pobreza.

Llegó a su casa y se actualizó viendo las últimas noticias, entonces descubrió que se le consideraba un escritor profanador por haber alterado injustamente el contenido de los libros del pasado y ponerle colores a la música. Salió de prisa de su casa y se subió a su vehículo. Como no sabía programar bien los nuevos aparatos cometió un error que lo hizo colisionar contra un ómnibus y perdió el conocimiento. Al llegar al hospital los rescatistas dijeron que su estado era delicado y era probable que estuviera en coma. Se confirmó el diagnóstico y el hombre volvió a pasar cincuenta años en estado vegetativo, pero cuando volvió en sí, ya no encontró a los pobres ni a los políticos ni los doctores ni los policías, sino que lo recibieron unos seres muy extraños que le dijeron que estaba en un laboratorio de robótica y que su modelo sería discontinuado de la línea de producción y por eso lo desconectarían.

Capítulo 3

Cuerpo cibernético III

La conocí cuando estaba comprando unos pantalones en un centro comercial. La chica que me atendía quería que me comprara unos vaqueros de tono violeta que eran elásticos y, según la vendedora, el último grito de la moda. Eran caros y tenían los tubos de las piernas muy estrechos. A unos metros estaba una joven muy guapa que nos miraba con curiosidad y, en realidad, yo le estaba poniendo más atención a ella que a la persistente dependienta. No te van a quedar bien—dijo de pronto la atractiva chica. Perdona que me meta en donde no me llaman, pero creo que esos pantalones son horribles. La chaparrita morena que había gastado su tiempo sin resultado hizo un gesto parecido al de las personas que padecen de estreñimiento. Te recomiendo que te midas los azules claros, esos de allí — continuó con una voz amable. Le pedí a la morenita que me trajera la talla 34 y me fui a los probadores con desconcierto porque temía que la amable consejera se fuera y no la viera nunca más.

No estaba acostumbrado a conversar con chicas tan guapas y me parecía muy raro que una mujer así se hubiera atrevido a hablarme, ya que no tengo ni una pizca de atractivo, por el contrario, muchas veces me rechazan por feo. En fin, resignado me medí los pantalones y vi que, efectivamente, me sentaban bien. Estaban muy cómodos y por alguna razón remarcaban mi miembro, me fajé la camisa y sentí satisfacción de haber encontrado un modelo que destacara, al menos, un poco mis pocas cualidades. Salí del vestidor y oí la siguiente frase “Te quedan tal y como me los imaginaba” sonreí por la sorpresa y por el gusto de saber que ella seguía ahí. Oye, te agradezco mucho que me hayas recomendado estos, me los voy a comprar y, perdona por la indiscreción, pero, ¿podría invitarte a ir a un café? —le pregunté temeroso de estropearlo todo, pero no podía perder la oportunidad.

Me respondió que sí, luego me dijo que se llamaba Mary o María y que su madre era americana, pero vivía en México desde los cinco años, así que se consideraba súper chilanga. Entramos a una cafetería y entonces pude apreciar con más detenimiento sus largas y bronceadas piernas que me despertaban el apetito por parecer carne ahumada y suave. Era delgada y casi de mi estatura, uno ochenta, su pelo ondulado semejava una oleada de algas marinas y cada vez que se reía balanceaba la cabeza con un movimiento muy sutil que parecía una forma de interrogarme sobre su aspecto, su opinión o sus deseos. Mary era diseñadora, pero tenía una capacidad enorme de comprender la mente humana, me pareció que sabía más de psicología que de diseño de interiores. Conversamos de arte y literatura más de una hora y después le propuse llevarla a su casa. Caminamos por los largos pasillos de vitrinas de las tiendas y aproveché para ver su estética figura reflejada en los cristales. Me encantaba su

forma de caminar y balancear sus caderas, llevaba unos zapatos de tacón no muy altos de color beige, su falda era marrón y su blusa atigrada, no llevaba adornos porque sus hermosos ojos melados eran suficientes para engalanarla. Tenía una mente muy suspicaz y por momentos parecía que me leía los pensamientos.

Llegamos a mi coche, es un poco viejo, pero está bien cuidado, le abrí la puerta a María y le pregunté por su dirección. ¿Por qué no me llevas a conocer tu biblioteca? —me espetó sin inmutarse. Por un lado, me alegré de que ella quisiera conocer mis libros, pero, como había visto en una película que en la primera cita no se debe intentar nada en el terreno íntimo, me decepcioné un poco. No te preocupes de nada, si algo surge déjate llevar por el deseo — me susurró con mucha naturalidad. Esas palabras tan excitantes y persuasivas me hicieron perder un poco el control y le cogí la mano, luego le besé la palma. Ella se rió de forma cariñosa. Llegamos a mi modesta casa de una habitación, salón, cocina y baño y subimos. Durante el ascenso por las escaleras noté que ella movía con más ritmo su falda y ya no pude contener la erección contra la que había estado luchando todo el trayecto. Al abrir la puerta ella notó la prominencia de mi excitación y se burló con picardía. Le ofrecí un café, pero ella me dijo que preferiría un ron con cola o una margarita. Tuvo que conformarse con la coca cola y el ron barato porque no tenía tequila. Puse unos boleros románticos y de pronto nos encontramos abrazados tratando de no pisarnos los pies refugiados en el aliento del otro. Oía muy bien. Su perfume armonizaba su suave fragancia agrídulce natural. Le pedí disculpas por sobrepasarme tocando su cuerpo. Ella no ponía atención y me desabrochó la camisa. A partir de ese momento ya no fuimos responsables de nuestros actos.

Capítulo 4

Terminamos enredados en la cama, gritando como dementes, expresando con gemidos el descubrimiento del placer. Cuando se fue a su casa en un taxi, recordé con lujo de detalles todo lo que había sucedido. No me la podía quitar de la cabeza y mi vida se había entorpecido en el ámbito laboral, pero había ganado, más bien triunfado, en el aspecto sentimental. Era feliz.

Los encuentros se fueron repitiendo y me sorprendía la saciedad con la que Mary me lisonjeaba. Con la repetición del acto sexual, noté que María, mi agridulce diosa fenoménica, tenía un sexto sentido muy desarrollado, ya que podía descubrir mis fantasías sexuales. Cuando me imaginaba las caderas de una sorprendente mulata de revista para adultos, la bella Mary se giraba y por razones que escapan a mi raciocinio, tomaba la misma apariencia de la imagen que yo veía en la mente. Lo que más me gustaba era poseerla cuando se acostaba sobre su costado derecho y levantaba su pierna para sonreír con sus labios vaginales. Era tan excitante la unión que podía perder la conciencia y la concepción del tiempo. Me sentía aprisionado dentro de ella, tenía la virtud de controlar mis torrentes de pasión hasta niveles de locura. Nuestros encuentros se fueron haciendo tan frecuentes que me olvidé del trabajo y de los amigos. Me comencé a aislar del mundo para vivir en el paraíso en compañía de la atractiva ninfómana.

Por desgracia las cosas no duran toda la vida y un día tuvimos un altercado que destruyó nuestra relación. No fue una riña por celos ni aburrimiento sino una cuestión física, cosas del cuerpo y los órganos reproductivos. Estábamos entregados al forcejeo sexual cuando sentimos que no podíamos separarnos por causa de un aprisionamiento en su vagina. Alguna vez leí que en el pasado una reina había tenido el mismo problema, un día que se había acostado con su amante, y se había quedado prensado el palo del esclavo dentro de ella. Padecíamos del mismo percance, sólo que a la reina la habían mandado a la guillotina y al esclavo lo habían capado. Por un momento, me estremeció la idea de quedarme sin mi órgano vital, es decir sin el representante de mi masculinidad indispensable para desarrollarme en mi círculo social, pero luego me tranquilicé y le propuse a María que llamáramos a la Cruz Roja o al servicio de emergencia. Ella hizo la llamada y media hora después vinieron unos hombres uniformados con un overol de color azul y un logotipo de empresa de tecnología cibernética. No se preocupe —me dijo un joven delgado, bajito que llevaba unas gafas cuadradas muy pequeñas—, ahora mismo reprogramamos los órganos. Tiene atascado el mecanismo vaginal, será cuestión de segundos, además no corre usted ningún riesgo porque la obertura no disminuirá de cinco centímetros de diámetro, así que a lo más, sufrirá de una placentera opresión a la cual, creemos, ya está acostumbrado. Minutos después se llevaron a Mary para

hacerle una revisión más detallada. Ella me prometió ponerse en contacto la semana entrante y los asistentes técnicos me dejaron una tarjeta por si surgían accidentes futuros.

Capítulo 5

Cibernético IV

Terminó de leer el artículo y se quedó sentado mirando a través de la ventana. No sabía cómo organizar en su cabeza la información que había obtenido. Primero, porque la palabra singularidad se relacionaba antes que nada con la de distinción o particularidad, pero nunca se imaginó que se pudiera escoger ese vocablo para determinar el caos causado por el descontrol en el avance tecnológico. Según la revista Robert Woodrow Wilson había descubierto una fórmula para la aceleración del conocimiento, es decir, la velocidad con la que la información se transmite de una generación a otra.

Se había usado como referencia o, unidad básica, el período que iba desde el año uno d.C., hasta el mil quinientos, pero el siguiente ciclo fue más rápido y tardó sólo setecientos cincuenta años, el posterior trescientos setenta y cinco, luego la mitad de esta cifra, de tal modo que para el año dos mil, la rapidez de la transmisión del conocimiento ya era de dos periodos de Jesús saltador por año y se pronosticaba que para el año dos mil treinta la frecuencia de los Jesús saltadores sería por horas.

¿Cuál sería la consecuencia de eso? —se preguntaba Leontiev—. Si a dicho fenómeno se le llamaba singularidad, ese término acabaría con la religión y permitiría que las mismas máquinas dominaran al hombre. Por supuesto que habría muchos opositores al aceleramiento descontrolado del avance tecnológico, pero ¿y los otros? Los soñadores intrépidos que en aras del progreso estuvieran dispuestos a todo para que al final quedara solo la esencia del razonamiento humano desposeído de su raquítico cuerpo de pellejo, carne y huesos para gobernar de forma abstracta... ¿Cómo Dios?

Esa descabellada idea lo tenía desconcertado. Un amargo sabor de boca le descomponía el gesto de la cara y se le había pasado el apetito, le quedaba todavía media hora para comenzar su turno, pero no lo deseaba, quería encontrar, aunque fuera una pequeña tregua para el escatón provocado por un Jesús repetitivo multiforme de progreso tecnológico y sin parentesco a aquel noble que vino a redimir los pecados de los hombres. Con esa maldita singularidad tan singular, valga la redundancia, vendría el fin del hombre. Al final, sí acabaríamos con nosotros mismos, pero de la forma más sofisticada y magistral jamás pensada. Incluso, Leontiev, llegó a creer que el humano, tal vez, era un experimento de unas máquinas que habían dejado una célula en la tierra hace miles de millones de años sólo para saber si era posible crear una máquina altamente tecnologizada con sólo un organismo biológico unicelular.

Como eso ya estaba demostrado, puesto que esta horrible singularidad era la prueba, lo más lógico era pensar que de haber otras civilizaciones éstas serían de sujetos semejantes a nosotros y que estarían más o menos por la misma etapa de desarrollo. Hasta en ese conjunto de conejillos de indias habíamos perdido la prioridad y la singularidad, es decir la normal, de ser los seres pensantes únicos de nuestra galaxia. Entre más trataba de desechar la aberrante idea, más cosas le venían a la mente. Primero, maginó un ciber-humano, luego un androide, luego un cerebro aislado con circuitos integrados y al final el sistema nervioso reducido a un conjunto de hilos de material plástico con toda su capacidad abstracta de unir neuronas artificiales, con un razonamiento progresista que no frenaría ni el derecho internacional, ni la moral, ni la religión, ni el temor causado por la falta de revisión del sistema para determinar si es correcto o, por lo menos benéfico para el hombre, y por fin, la carrera inerme de ese sistema de desarrollo tecnológico autónomo que podrá crear lo que quisiera, puesto que dominaría las leyes de la física universales y extra universales. Estaba desesperado por no poder quitarse del pensamiento esos razonamientos absurdos que sonaban tan lógicos. Se levantó y sacudió la cabeza para desprenderse de sus ideas tontas y se fue a su consultorio.

Su primer paciente era una mujer con un problema de hipertensión. Leontiev sacó su tensiómetro del año de la pera y le midió la presión arterial a la señora. Está un poco alta, señora —le dijo con amabilidad—, debería evitar algunos alimentos como la sal, además dormir bien, hacer un poco de deporte y evitar el estrés. Le dio unas pastillas vasodilatadoras diuréticas y le recomendó que consumiera más calcio pues pasado su período menopaúsico necesitaría tener reservas para los huesos. La mujer se fue y le agradeció sus consejos. Leontiev quiso regresar a sus razonamientos de la singularidad, pero el mundo le parecía tan atrasado que deseo sinceramente que sí hubiera una aceleración tecnológica, al menos en el aspecto de la medicina general para la ayuda social.